

Nada sagrado:
Florida y las dos presidencias
de Estados Unidos

*Eli Zaretsky**
New School for Social Research

Palabras clave: impugnación, destitución, público, privado, enfrentamiento, democracia

Al igual que la impugnación a William Jefferson Clinton, a la que siguió muy de cerca, el ascenso de George W. Bush a la presidencia carece de un verdadero precedente en la historia de Estados Unidos. Es cierto que en tres elecciones previas (1824, 1876 y 1888) ocurrió que un candidato ganara el voto popular y el otro, el voto electoral, pero ésa no fue la característica definitoria de esta elección. Fueron otras dos las cuestiones que tuvieron un peso más definitivo. Primero, la campaña republicana para impedir un recuento, que se inició inmediatamente después de la elección y adquirió fuerza plena dos días después, cuando el recuento de una máquina automática dió a Bush una ventaja de 327 votos, de los seis millones emitidos en total. Segundo, las dos intervenciones de la Suprema Corte, que redondearon de manera efectiva el esfuerzo para impedir el recuento. La más insigne de las tres elecciones anteriores discutibles fue la de 1876, durante la cual los políticos profesionales de ambos partidos intentaron llevar a cabo un acuerdo *tras bambalinas* que diera la espalda al voto popular. Pero

* ZaretE@newschool.edu

sólo una de las elecciones presidenciales anteriores se caracterizó por la manipulación y la intimidación, por intervenciones abiertamente sesgadas por parte de funcionarios del Estado y de la Corte, por la privación de los derechos de los africano-americanos y por el enérgico mensaje de que después de la elección no habría paz si ganaba *la facción equivocada*. Ésa fue la elección de 1860, que precipitó la Guerra Civil.

Dado el carácter extraordinario de las elecciones de 2000, es impactante que hayan habido tan pocos estudios en torno a su significado. Durante la impugnación, la nación recibió una auténtica lección en cuestiones tales como la separación de los poderes, la diferencia entre ley y moralidad, así como los distintos enfoques hacia las conductas sexuales que se advirtieron en ambos partidos; pero, en tanto la nación aprendió algo sobre el Colegio Electoral durante la lucha poselectoral en el estado de Florida, no entendió nada en torno a las cuestiones más amplias que estaban en juego. Esto es más impactante dado que, supuestamente, durante esa época las emociones fueron más intensas que durante la impugnación. Pese a esta intensidad, los periódicos y las revistas de opinión se refirieron a las elecciones como *dementes, asombrosas o extravagantes*, enfatizando la naturaleza *mano a mano*¹ de la contienda, o bien se ofreció una explicación en términos de la supuesta naturaleza cerrada de la elección, cuando en realidad la situación estaba lejos de ser ésa: Al Gore encabezaba la contienda por medio millón de votos populares y hubiera ganado por 24 votos electorales si se hubieran contado los votos en Florida. Así, el momento más intenso de división en la política estadounidense desde Vietnam, transcurrió sin que el público entendiera realmente por qué se había dado todo ese escándalo. El llamado a *seguir adelante*, que dominó en los primeros días de la administración de Bush, selló la amnesia.

En retrospectiva, dos aspectos particularmente anómalos de la lucha poselectoral contienen claves que la vinculan con algunos problemas de mayor envergadura. El primero fue el contraste entre, por un lado, la languidez y la banalidad de la campaña y, por otro, la intensidad y el significado de la contienda poselectoral. Esta inversión de estados de ánimo fue especialmente pronunciada entre los demócratas. Después de una campaña confusa, incierta y oportunista, Gore sufrió una transformación milagrosa. Su demanda de que se contara cada voto movilizó a los intelectuales, a los jóvenes, a las *clases políticas*, incluso a quienes habían votado por Ralph Nader, pero especialmente a los africano-americanos, que habían

¹ N. de la T: En español en el original.

sido privados, más directa y ampliamente, de sus derechos civiles. Abogados de todo el país ofrecieron voluntariamente sus servicios. Todo el mundo estaba pegado al aparato de televisión. Durante esos 37 días de Florida fue posible imaginar que uno era testigo del nacimiento de una nueva mayoría democrática, centrada en las mujeres, en los africano-americanos y en la clase obrera. La primera pregunta que exige una respuesta, entonces, es: ¿por qué la demanda de llevar a cabo el recuento tuvo un efecto tan incendiario? ¿Por qué la negación del voto produjo una politización tan apasionada, mientras que su disponibilidad producía apatía?

El segundo aspecto anómalo de la contienda se ubicó en la falta de entendimiento mutuo entre los dos partidos. Más allá de sus desacuerdos en torno a la política o, incluso, la impugnación, hubo una ruptura completa, aun cuando fuera temporal, de la comunicación. Desde el punto de vista demócrata, las consideraciones más elementales de ética competitiva y juego limpio, así como de las leyes y sus precedentes, requerían de un recuento. Es cierto que Gore cometió un error táctico al solicitar un recuento en cuatro condados en lugar de en todo el estado, pero esto se hubiera podido remediar fácilmente con una contrapropuesta de los republicanos. En cualquier caso, a muchos republicanos les costaba trabajo ver cómo George W. Bush podría aceptar una victoria obtenida mediante trampas. Por otro lado, casi la mitad del país consideraba el llamado de Gore a un recuento como probar uvas agrias, si no es que como un intento de robarse la elección. Desde su perspectiva, Gore simplemente pedía un recuento tras otro, hasta que llegara a obtener los votos que lo satisficieran. Esta brecha en la comunicación mutua tiene una calidad ontológica, como si cada partido viviera en un mundo distinto. Desde luego, era posible que una u otra facción sucumbieran a la gran mentira y la manipulación de proporciones magistrales, como las de David Bodie o James Baker, pero era difícil entender cómo podría ser engañada una mitad del país, en tanto que la otra viviera todavía en la verdad. Éste, entonces, es el segundo problema que requiere una explicación: ¿cómo podría un cisma tan dramático abrir un espacio en el que ambos partidos concordaran en que se trataba simplemente de jugar limpio?

En un ensayo tan breve como éste, no es posible responder a estas preguntas de una manera completa. Pero los primeros pasos hacia una respuesta residen en la comprensión de lo que compartieron los dos partidos durante su confrontación en Florida, a saber, el deseo de obtener el control de la presidencia. Este deseo trasciende cualquier interés particular. Independientemente de cuál sea su partido, todos los estadounidenses tienen un vínculo profundo y personal con la institución de la presidencia; un vínculo que empieza en la niñez para los que nacieron en el

país y durante el proceso de inmigración y naturalización para los recién llegados. Esta inversión personal contribuye a explicar la intensidad de la contienda en Florida, pero también ayuda a comprender algo más. Como resultado de un largo proceso histórico, y especialmente en la década de 1960, los dos partidos han generado dos culturas políticas distintas, centradas en ideas distintas en torno a la presidencia. La idea republicana es clara: tiene como objetivo la restauración de una visión anterior y edénica, de una presidencia no sometida a *intereses especiales*. La idea demócrata es más confusa: se nutre de un rico legado que coloca a la presidencia a la vanguardia del cambio social, pero que tiene una visión incierta. Colocadas en el marco de una inversión común, estas dos ideas distintas de la presidencia estuvieron en juego en Florida. Entender esta diferencia ayudará a responder las preguntas que he planteado.

Junto con la Serie Mundial de Béisbol y las decisiones de la Suprema Corte, las elecciones presidenciales son rituales sagrados únicos en la vida estadounidense. Ello se debe a que en el medio ambiente disperso, policéntrico, multiétnico y multicultural estadounidense, la presidencia es la autoridad centrípeta fundamental. Pero, mientras que en los sistemas parlamentarios, como el inglés, el monarca o el presidente comparten la autoridad con un primer ministro, en Estados Unidos el presidente es simultáneamente el primer funcionario ejecutivo y el símbolo de la unidad nacional. Mas aun, la Casa Blanca es, hasta donde se, la única residencia gubernamental oficial en el mundo que también alberga las oficinas administrativas ejecutivas, lo cual refleja la sobreposición preindustrial entre la autoridad pública y la privada. Junto con la Suprema Corte de Justicia, se considera que la presidencia tiene una proximidad especial con la Constitución, la principal instancia en Estados Unidos con un significado carismático. Mi alusión a la Serie Mundial no es totalmente irónica. Las elecciones presidenciales reafirman la creencia estadounidense, profundamente enraizada, en un juego limpio; de ahí el carácter traumático tanto de la decisión de Dred Scott en 1857 como de corrupción en la Serie Mundial de 1919. Parecería probable que, pese al sentimiento efímero de negación, la elección del año de 2000 ocupe un lugar similar en el imaginario de Estados Unidos.

La presidencia, entonces, es sagrada dentro de la imaginación de los estadounidenses; cada uno de ellos se siente vinculado con los habitantes de la oficina ejecutiva a través de nexos ineludibles, internos y, en gran medida, inconcientes. Mas aún, en el curso de la historia estadounidense, el ejecutivo se transformó de una manera no prevista por los creadores de la Constitución. En lo que puede llamarse su segundo nacimiento, la presidencia se convirtió en el foco de las

aspiraciones democráticas. A su significado original de garante de la autoridad y del orden, se añadió un segundo, el de agente de la justicia social y de la democratización. Se suponía que esta *segunda presidencia* estaba guiada por consideraciones de justicia, incluso cuando, como en el caso de la Guerra Civil, las huelgas de brazos cruzados o el movimiento en favor de los derechos civiles, la justicia entraba en conflicto con el orden. Además, esta concepción de la presidencia fue invocada durante los movimientos a gran escala en favor del cambio social, tales como el abolicionista, el feminista, el obrero, el populista, el africano-americano por la libertad y la Nueva Izquierda. Ciertamente, no fueron los presidentes quienes encabezaron estos movimientos. Por el contrario, éstos se enfrentaron a presidentes tales como Abraham Lincoln, Franklin D. Roosevelt y John F. Kennedy en sus retóricas huecas. No obstante, la relación contenciosa de estos movimientos legitimó a los dos partidos, dado que el presidente podía promover *su* agenda como una alternativa a las políticas más radicales de estos movimientos; por su parte, los movimientos usaron el enfoque y el simbolismo de la presidencia para vincular su causa con un fondo de significados comunes.

Si bien se pueden encontrar premoniciones del segundo nacimiento de la presidencia estadounidense en la república temprana, su verdadero momento fundacional fue la Guerra Civil. Durante la campaña presidencial de 1860, Abraham Lincoln argumentó en contra de Stephen Douglas que la nación tenía que asumir una posición en torno a una cuestión moral fundamental, a saber, el esclavismo. Douglas, quien reflejaba el punto de vista de los diseñadores de la Constitución y que prefiguraba a los republicanos de hoy en día, argumentaba que los distintos estados podrían asumir posiciones diversas. Douglas perdió el debate y los confederados perdieron la Guerra Civil. El resultado fue que se reescribió la Constitución, se dieron los inicios de un fuerte gobierno nacional y se creó una ciudadanía nacional —en virtud de la cual la rama ejecutiva puede y debe intervenir en contra de prácticas locales que niegan un proceso adecuado— e incluso se dieron los principios del Estado de bienestar en la forma de la Oficina de Manumisión. Junto con ello, la Guerra Civil transformó a todos los grandes movimientos sociales de principios del siglo XIX, tales como el obrero y el que estuvo en favor de los derechos de las mujeres, en movimientos nacionales que tenían como objetivo la transformación del país en su conjunto.

Debido a la Guerra Civil, los estadounidenses del siglo XX heredaron la idea de que la nación tenía una identidad moral, basada en la justicia social y que, en última instancia, ésta se encarnaba en el presidente. Esta idea fue crucial para el

New Deal. Acicateado por los grandes movimientos democratizadores desatados por la industrialización, tales como el socialismo, el comunismo (al menos en su versión estadounidense), el sindicalismo, el colectivismo y los movimientos de los granjeros, Franklin D. Roosevelt liberó a la presidencia del control partidario y basó los poderes presidenciales en una comunicación directa (es decir, carismática) con las masas y asumió el mando de la burocracia. Incluso llegó a ir en contra de los miembros de su propio partido cuando se opusieron a su programa e intentó convertir así al Partido Demócrata Nacional en un partido ideológico —*el partido del liberalismo*, como lo llamó el propio Roosevelt—. De manera inversa, los sindicalistas llevaron a cabo campañas de afiliación con el lema: *El presidente quiere que te unas al sindicato*. El resultado fue un sentido ampliamente difundido de apropiación de derechos, especialmente entre los inmigrantes, junto con la transformación de una tradición de reforma protestante, preocupada por la virtud y el vicio individual, en una tradición universalista y secular, a menudo mal caracterizada como *pragmática y tecnocrática*.

Así, aun cuando el Partido Republicano del siglo XIX inició la transformación de la presidencia, la ubicación de la segunda presidencia se trasladó hacia los demócratas durante la época del capitalismo de producción masiva. Ya en la década de 1960, sin embargo, la relación entre los presidentes demócratas y sus bases entró en un periodo crítico. Hubo numerosas razones para esta *ruptura de la coalición del New Deal*, como se le llamó, incluyendo la globalización y el surgimiento de la política de la identidad. Pero la razón más importante fue la Guerra de Vietnam. Considerada sobre el telón de fondo de la Segunda Guerra Mundial y el movimiento en favor de los Derechos Civiles, que habían surgido como auténticas cruzadas en contra del mal, la Guerra de Vietnam, con sus bombardeos de aldeas, el uso del *napalm* y la supresión de la democracia, fue vivida como una traición imperdonable. Fuertemente traumática para muchos liberales e izquierdistas, Vietnam se imbricó con otros fracasos sociales, especialmente el de la integración. Como reflejo del levantamiento Watts, Lyndon Johnson se describió a sí mismo como profundamente entristecido por la *desconexión* que los negros de los *ghettos* sentían respecto del resto de la sociedad, como si *no fueran parte del mundo tal y como lo conocemos*. La noche del 31 de marzo de 1968, cuando anunció su decisión de no buscar la reelección, ha sido descrita como *el momento en el que la vieja coalición dio lugar a una nueva fragmentación, en el que la vieja política dio lugar a una nueva*.

Entre 1968 y los sucesos en Florida, esta brecha nunca se franqueó. Detrás de la Guerra de Vietnam yacía otra concepción más de la presidencia: la de la *presidencia imperial* de la Guerra Fría, en el curso de la cual la política exterior estadounidense había subordinado todas las consideraciones de la democracia y de la justicia social a las consideraciones únicas del anticomunismo. Después de la Guerra de Vietnam, del *Watergate* y, especialmente, de las revelaciones del Irán-Contra, la presidencia apareció como un lugar de duplicidades, manipulaciones y abuso de poder. Mas aun, el impulso esencial de los movimientos sociales de la década de 1960 provenía de su crítica a la autoridad. La vieja idea demócrata del presidente como una figura paternal benévola que protegía a los discapacitados, los heridos y los desvalidos, dejó de tener resonancias. Como resultado, entre los demócratas se diluyó gradualmente la memoria de la inversión en la presidencia que tenían los movimientos en favor de la justicia social. Sólo hasta la impugnación a Clinton en 1998, esta memoria empezó a reavivarse.

En contraste, los republicanos surgieron de la década de 1960 con un sentido enormemente intensificado de su misión, que los llevó a investir a la presidencia con un conjunto totalmente distinto de significados. Históricamente, las raíces del partido residían en los *Whigs*² anteriores a la Guerra Civil, quienes subrayaban el papel del liderazgo ejecutivo como guía del crecimiento capitalista y que tendían a oponerse a la esclavitud. Después de la Guerra Civil, sin embargo, el partido empezó a alejarse de sus raíces antiesclavistas. La disputada elección de 1877 propició el nacimiento de una alianza entre las empresas del Noreste y el Sur exconfederado, que es la verdadera base histórica del conservadurismo estadounidense. Aun cuando hubo siempre republicanos que aceptaron la presidencia del *New Deal*, sólo para casarla con una restricción fiscal, la fuerza del partido durante el periodo de industrialización se ubicaba en otro lado —en el Congreso, en la rama judicial y en los estados—. El partido también quedó conformado de manera decisiva por las elecciones en el Congreso de 1938, cuando los demócratas sureños desertaron del *New Deal* ante la tolerancia de Roosevelt hacia las huelgas de brazos cruzados, el apoyo del Norte a la legislación en contra de los linchamientos, así como la legislación en torno a los salarios y los horarios, *inter alia*. En la década de 1960, después de haber apoyado la Guerra en Vietnam, los republicanos se convirtieron en los plenos beneficiarios de esa deserción cuando

² N. de la T: Miembro de un partido político del siglo XIX, en Estados Unidos, predecesor del actual Partido Republicano.

los votantes sureños se unieron a las filas republicanas en torno a la cuestión de los derechos civiles. Este cambio proporcionó al partido la base indispensable de toda la política superficial: un sentido de ofensa. El resultado fue que una camarilla de individuos afectados, compungidos, autoritarios y aburridos renació de repente como una caterva de excluidos, humillados, diezmados y oprimidos por un gobierno federal injusto.

Es difícil sobrestimar el efecto transformador del Partido Republicano de fines de la década de 1960 en contra del gobierno federal. Esa revuelta ayuda a explicar la paradoja central del partido, que se hizo visible en Florida de 2000. Por un lado, cada urna y registro de votantes de las últimas décadas ha mostrado que el Partido Republicano es un partido minoritario, cuya viabilidad depende de que la mayoría demócrata no vote. De ahí la importancia de las estrategias de privación de los derechos civiles reveladas en Florida. Por otro lado, el Partido tiene un sentido supremo, incluso surreal, de sus derechos; está tan convencido de que la presidencia le pertenece, que nunca reconoció la legitimidad de la presidencia de Clinton y, así, el *Grand Old Party*³ simplemente *dejaba transcurrir el tiempo*.

Antes de la década de 1960, la identidad nuclear del Partido Republicano se ubicaba en las viejas elites empresariales WASP.⁴ Estas clases siempre han supuesto que el país les pertenece y que los inmigrantes están en la nación gracias a su tolerancia, que es en parte la razón por la cual odiaban tanto el *Nuevo Pacto*. Para la década de 1960, sin embargo, ya sufrían de lo que el historiador Richard Hofstadter denominó *ansiedad de estatus*. Aun cuando su posición económica era segura ellas, experimentaron la nueva prominencia de los inmigrantes, especialmente judíos y africano-americanos y sufrieron los profundos cambios de la década en relación con el género, la sexualidad y la cultura, como un reflejo de la declinación de su propio mundo. George W. Bush es un ejemplo de ello; producto de varias familias antiguas de individuos WASP, siguió los pasos paternos hacia Yale en la década de 1960. Pero, una década después, su hermano menor tuvo problemas para lograr ser admitido, porque los estándares académicos se habían elevado, a medida que la intervención federal en cuestiones tales como la antidiscriminación y la legislación en relación con la acción afirmativa habían empezado a transformar a Yale, que de ser un bastión de elite, de hombres blancos y cristianos, se convirtió

³ N. de la T.: *Grand Old Party* (GOP): Partido Republicano.

⁴ N. de la T.: WASP: *White Anglo Saxon Protestant*: la elite de individuos blancos, anglosajones y protestantes.

en una institución relativamente meritocrática, donde los inmigrantes, los africano-americanos y las mujeres pudieran sentirse a gusto.

Si bien el *resentimiento* de las élites ultraprivilegiadas como la de los Bush es risible, el aliento de la revuelta de fines de la década de 1960 le dio credibilidad. Surgió un mito en el sentido de que los militares que habían servido en Vietnam fueron *apuñalados en la espalda* con la rendición del gobierno ante los manifestantes pacifistas. Mas aun, a medida que el partido se diseminó hacia el Sur y el Oeste, entró a regiones que históricamente habían sido ocupadas por el gobierno federal y, por tanto, tenían viejas y nuevas reyertas. Mientras tanto, la derecha cristiana sufrió el carácter secular del gobierno federal como una forma de discriminación y fortaleció con esta sensación el sentido de *ser* del Partido, en cuanto a asumirse como la voz de los desposeídos (a menudo paradójicamente muy ricos). Pero de todas las fuerzas que conformaron al Partido Republicano, que fortalecieron su deseo de echar atrás y transformar al gobierno federal, es difícil no asignarle un papel especial al Sur blanco. Incluso hoy en día, su identificación con la Confederación le da al partido un fervor populista y una profundidad histórica. La importancia de esta identificación fue palpable no sólo durante las elecciones primarias republicanas en el año 2000, sino también durante aquellos momentos en Florida, cuando parecía que se iba a llevar a cabo un recuento. Son sintomáticas la sensibilidad excesiva, la intransigencia, la paranoia con respecto a la autoridad centralizada, una relación cercana con los militares y una cultura militarista, el desprecio hacia los jueces y el rechazo a aceptar las leyes si no se encaminaban hacia donde ellos deseaban, el descarte de los africano-americanos, si no es que un racismo abierto, y demasiado poder en pocas manos: ¿cuándo hemos visto esto mismo antes, si no es en el Sur, en los años previos a la Guerra Civil?

Así, los republicanos surgieron del crisol de la década de 1960 con una identidad básica enfocada hacia la restauración de la presidencia, a su pureza previa a ese lapso. Junto con el repudio a más de un siglo de la historia estadounidense que vinculaba a esa institución con los movimientos democratizadores, buscaban liberar a la presidencia de los *intereses especiales*, es decir, las mujeres, las cuestiones laborales y los negros. De la misma manera en que la Suprema Corte, dominada por los republicanos, pretendía volver a una concepción del siglo XVIII del presidente como una persona por encima de todos los intereses, alguien a quien no se podía comprar con dinero ni fama, un representante de la autoridad paterna que trataría de igual manera a todos sus hijos, e impediría que pobres y ricos, blancos y negros, hombres y mujeres, vendieran manzanas o durmieran bajo los puentes. En otras palabras,

se volvió al sentido original del presidente como un heredero de la monarquía, el representante del orden en la Tierra, el ejemplo de la Ley Moral. De ahí la importancia de la impugnación.

A través de su presidencia, los republicanos habían fomentado un odio profundo y altamente personal hacia Clinton. Si bien se basaba en la visión de Clinton como un representante de la década de 1960, este odio tenía una raíz más profunda en un sentimiento de que él les había arrebatado la presidencia. Como niños que no pueden tolerar el nacimiento de un nuevo hermano, los republicanos actuaban como si Clinton no estuviera realmente dentro de la Casa Blanca. Inmediatamente después de la elección de 1992, el líder de la mayoría en el senado, Robert Dole, anunció que los republicanos obstaculizarían cualquier iniciativa presidencial, dado que Clinton no había obtenido la mayoría. Después de 1994, el ala del partido liderada por Newt Gingrich, modelada en lo que imaginaban eran las tácticas guerrilleras de la Nueva Izquierda, tenía como objeto utilizar el control de la Casa de los Representantes para destruir la presidencia de Clinton y llegar, incluso, a clausurar el gobierno en su lucha por el poder. Cuando Clinton ganó la lucha, su secretario de prensa, Mike McMurry, advirtió que la victoria resultaría costosa. Privado de la cuestión de la reducción al déficit presupuestario, los republicanos *sólo podrían ganar destruyendo a Clinton como ser humano. Y, en este sentido, harían todo lo que esté en su mano para convertirlo en un mentiroso, tramposo o libertino.*

La impugnación fue un ensayo de lo que sucedería después en Florida. Aun cuando tenían la oposición de dos terceras partes del pueblo estadounidense, los republicanos la usaron para plantear su concepción de la presidencia basada en el *carácter* y no en la política. Cuando aceptaron las pérdidas de corto plazo en 1998, se prepararon para un triunfo en el largo plazo. Construyeron la elección presidencial de 2000 alrededor de su concepción del papel del presidente. En palabras de Mar Danner, *un enorme par de labios* rondó en la campaña republicana; eran los labios de *una joven de Beverly Hills, que un día fatídico le dio una rebanada de pizza al presidente de Estados Unidos*. Gore encabezó las encuestas solo una vez, después de haber elegido al senador Joseph Lieberman para vicepresidente, lo cual le dio una cubierta temporal, porque Lieberman condenó el *affaire* de Clinton con Monica Lewinsky casi instantáneamente y en los términos morales más rigurosos. De manera inversa, todo lo que hacía Bush era para reforzar su asociación con los valores usuales y los papeles tradicionales para cada sexo, con una concepción anterior de la política como orden. Bajo la consigna de

restaurar el papel *tradicional* de la autoridad presidencial, *socavaría* de manera efectiva su misión *moderna* de dar poder a los movimientos democratizadores modernos y de moderarlos.

Junto con la impugnación, la elección de 2000 estuvo modelada por el rancio linaje republicano (1980-1992). En el ámbito federal, Clinton había revertido el impacto del déficit presupuestario de cuatro trillones de dólares de Ronald Reagan, que se extendía *hasta donde podía llegar la vista*, en palabras del director del presupuesto de Reagan, David Stockman. Al revertir el déficit y convertirlo en un excedente, transformó una queja antigobierno en una que lo legitimaba. Pero en los niveles local y estatal, donde los republicanos seguían siendo poderosos, la administración pública se debilitó entre las comunidades pobres y de minorías. Dentro de la misma lógica en que escuelas, hospitales y sistemas de transporte público fueron menguados, en que ciertos *ghettos* urbanos fueron destruidos, en que toda forma de justicia redistributiva fue desmembrada, la administración de la votación misma vino a descansar en una distribución inequitativa de tecnología obsoleta. Mientras que los votantes blancos y ricos de los suburbios se enfrentaban a largas filas, los empleados ineficientes lo hicieron frente a palancas rotas y tarjetas perforadas. Incluso el importante papel desempeñado por el Colegio Electoral en la eventual *victoria* de Bush revela el carácter arcaico de la base republicana de apoyo, dado que el Colegio se estableció para protección en contra de *la tiranía de la mayoría* y para asegurar los derechos, no de los individuos, sino de los pequeños grupos atrincherados y con poder, de las minorías rurales, los dueños de bonos y, sobre todo, los dueños de esclavos. En la elección de 2000, un voto en Wyoming contó tanto como 3.44 votos en California.

En la campaña de 2000, Bush adoptó gran parte de la retórica de sus adversarios e, incluso, algunos puntos de la agenda demócrata como, por ejemplo, la educación. Pero su compromiso en orden a la restauración de una versión previa de la presidencia era claro con respecto a la cuestión más crucial de la campaña, a saber, el excedente presupuestario. Bush contrastó a quienes querían *devolver* el excedente a los *ricos*, con aquellos que usarían alguna parte del mismo para proponer objetivos determinados por la colectividad. Para quienes se identificaban con las poderosas fuerzas democratizadoras que llevaron a la Guerra Civil, al *Nuevo Pacto* y a la década de 1960, el excedente significaba una oportunidad. Para quienes rechazaban la justicia o el orden social, el excedente presupuestario era una amenaza, porque prometía reactivar la relación entre el presidente y los movimientos democratizadores. En lugar de la *justicia*, Bush proponía la

compasión. El *conservadurismo compasivo*, con sus tonos victorianos y religiosos, significaba que no se tomaría en cuenta ningún programa social y universal —como el cuidado a la salud—, que el Estado se privatizaría aún más y que la *ayuda* se daría solamente a los pobres que lo merecieran.

En contraste, Gore nunca logró formular de manera convincente una concepción alternativa de la presidencia. En este sentido, fue víctima de la historia del Partido Demócrata desde la década de 1960. Mientras Clinton había partido con un inicio razonable en la revitalización de la relación entre el presidente y los negros, las mujeres y los trabajadores, Gore no pudo aprovechar el *record* de Clinton, debido a que los republicanos lograron reducir sus años en el gobierno a la vulgaridad, el sexo y la autopromoción. La necesidad de Gore de definirse como *él mismo* sólo sirvió para subrayar lo que no era y su visión populista del presidente como *la única persona que habla por todos los estadounidenses* y como el promotor de las campañas en contra de las drogas y de la Organización para el Mantenimiento de la Salud,⁵ parecían enraizadas en otra época. George W. Bush, por otra parte, no tenía que defender la concepción reaccionaria de su partido con respecto al papel del presidente. Más bien, podía pretender que al *limpiar* el basurero de Clinton, estaba restaurando la integridad de la presidencia, como si ésta tuviera que ver con el orden en lugar de con la justicia.

Todo cambió después del conteo de los votos. Cuando Gore cuestionó el conteo y empezó a insistir en que cada voto debía ser contado individualmente, *efectivamente* surgió como una personalidad propia, de una manera en que no lo había hecho durante la campaña. En lugar de seguir a los grupos sobresalientes y secundar las banalidades semiletradas de Bush, se levantó en contra de una injusticia palpable. Al vincular la elección presidencial con la lucha en favor del voto, arrojó luz sobre el profundo fondo de significados que yacen detrás de las elecciones presidenciales. Nadie en Estados Unidos ha podido ignorar las fotografías de los africano-americanos intentando votar en el Sur profundo, frente a perros policía, mangueras listas y picas para ganado. Muchos estadounidenses han presenciado estas situaciones en persona. Estas imágenes son parte no sólo de la memoria colectiva de Estados Unidos sino que volvieron a hacerse presentes, de una manera impactante, de nuevo en Florida, aun cuando no hayan sido suficientemente debatidas. Más que otra cosa, fue el despertar de estas memorias lo que animó y politizó al electorado demócrata. Una nueva mayoría demócrata se

⁵ N. de la T.: HMO: *Health Maintenance Organization*.

exaltó, no como un bloque de votantes sino como un campo vivo de conversaciones e intuiciones públicas y privadas. Por un instante, fue posible imaginar (o recordar) lo que significaba vivir en una sociedad comprometida con poner remedio a la injusticia social.

En cuanto a los republicanos, incluso antes de la elección, estaban tan seguros de que *se merecían* la presidencia, que se convencieron a sí mismos de que ya la habían ganado. El hecho de que en realidad perdieran nunca hizo tambalear sus convicciones. En lugar de ello, se apoyaron en el poder atrincherado de la maquinaria estatal de la Florida republicana, en el control republicano sobre la Suprema Corte y la ventaja de 327 votos que apuntaló la afirmación original de los medios, equívoca, de que Bush había ganado en el estado; todo lo cual dio credibilidad a la caracterización republicana de Gore como un *perdedor amargado*. En última instancia, sin embargo, lo que triunfó fueron las formas de organización masivas, apasionadas, santurronas, *cuasi* violentas de los republicanos. La presidencia de Bush puede avanzar de una manera tranquila, dado que los republicanos representaron una pesadilla de cuatro años de quejas y lamentos, investigaciones, demandas y amarguras. Este hecho, más que ningún otro, aseguró el resultado. La decisión misma de la Suprema Corte puede haber estado motivada más por el deseo de impedir el desorden que debido a simples consideraciones partidarias.

Es posible que, en el largo plazo, la historia de las elecciones de 2000 sea recordada como un momento crítico para el surgimiento de un Partido Demócrata revitalizado. Para muchos observadores acuciosos, los acontecimientos en Florida representan una especie de radiografía del cuerpo político estadounidense: nódulos de enfermedad, pestes de corrupción, úlceras de descomposición, tumores de vejez. Ciertamente, fue extraordinario observar un crimen de esta magnitud llevado a cabo a plena luz del día y en público.

En cuanto a la presidencia de Bush, de alguna manera la institución y lo individual parecen haberse encontrado una con el otro. De la misma manera que Lincoln mostraba un sentido de tragedia y Franklin D. Roosevelt uno de resolución, George W. Bush irradia fragilidad y debilidad. Ciertamente, ningún historiador de la contienda poselectoral en Florida desdeñará su pusilánime retirada a Texas, su subordinación al Secretario de Estado de su padre y la manera en que levantó al vicepresidente Dick Cheney de una cama de hospital y lo puso frente a las cámaras de televisión, 24 horas después de un ataque cardiaco. Pero estas debilidades mismas lo convierten en un excelente instrumento del intento republicano de transformar la presidencia. Es el único presidente verdaderamente *ilegítimo* en la

historia estadounidense, pero algunos llegarán a considerarlo legítimo, si su presidencia logra restaurar alguna concepción anterior de la presidencia, arcaica, pero de alguna manera siempre vigente.

Traducción del inglés de Adriana Sandoval